

VENTANAS INDISCRETAS

(Por Adriana Schettini) Cuando el termómetro planta su marca por encima de los 25 grados, en Buenos Aires no quedan almas dispuestas a preservar sus intimidades a ventanas cerradas. Y entonces sucede el gran caos urbano que convierte en letra muerta a la ley de propiedad horizontal. Todos y cada uno de los metros cuadrados del edificio se transforman en partes comunes. En las noches de verano el enorme pozo gris que el eufemismo inmobiliario ha dado en llamar aire-y-luz, deviene en una perfecta caja de resonancia. Una porción de la nada declarada zona liberada privacidad. Desde las cocinas, los lavaderos, los comedores y los dormitorios los consorcistas cuecen los sonidos de sus biografías, las escurren, las sirven en bandeja, las desnudan y las lanzan, impúdicos, a ese gran inconsciente colectivo que apunta al cielo.

Entre ruidos de ollas y sartenes, llegan al aire-y-luz conversaciones picantes, jugosas, gélidas, crudas, insípidas, agrias, recalentadas, tibias, avinagradas, acarameladas. Y en esa enorme olla oscura se cuecen a fuego lento con los diálogos placenteros, adormecidos, sonados, eróticos, masturbatorios, soñolientos, asexuados e insomnes que otros vecinos defenestran desde la luz del velador. Cuando el menjunje sonoro levante hervor, desde el sofá del living se lo condimenta con retazos de discursos entusiastas, agobiados, televisivos, políticos, progresistas, posmodernos, premodernos, frívolos, pseudointelectuales, musicales, autodestructivos, autocríticos, autosuficientes y automovilísticos. Fragmentos de lenguaje que la noche acuna con paciencia hasta armar el minucioso rompecabezas de la intimidad colectiva.

—*Portate bien. No hagas renegar a los abuelos y ponete un saco porque mirá que a la noche en Mar del Plata refresca* —aconseja a grito pelado la del quinto como si estuviera condenada a atravesar los cuatrocientos kilómetros que la separan de su vástago, a voz en cuello y sin los beneficios de la telefonía.

—*...Y entonces la minita se da cuenta de que el ponja le había dado vuelta la cabeza y ahí agarra y se llora todo, loco* —sintetiza en versión vernácula un gordito que a los trece descubrió a *El amante* de la Duras en la película de Jean-Jacques Annaud.

—*¿Sabés qué es lo peor, Anita?* —solloza una de treinta y pico —*que después de todo lo que pasó ni siquiera se animó a largarme: "Nos hablamos", me dijo.*

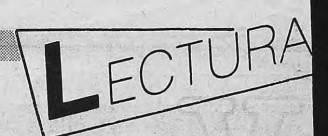
—*Decime de una vez por todas qué te vas a poner porque no voy a estar toda la noche con la plancha en la mano* —reclama la del tercero a su hija adolescente que duda más que Hamlet frente al placard hiperpoblado de modelos, texturas y colores.

—*No sé qué ponerme ma'... no ves que "mi" jean está mojado* —argumenta la piba que algún día será mujer de muchos hombres pero que por el momento es dama de un solo pantalón.

—*No me entendés. Ya ni siquiera te reclamo fidelidad. Sólo te pido que tengas el buen gusto de disimularlo y que más vale que uses forro porque no te voy a permitir que me traigas pestes a casa* —moraliza, apenas, la del segundo.

Pequeñas delicias del agujero interior —léase *aire-y-luz*—, los juicios sobre Woody, la coreana, los suyos y los Mia, conviven pacíficamente con una receta de calabacitas al horno con queso, tomate y orégano; los gemidos de la del primero cuando llegó al séptimo cielo; la artritis de la jubilada del quinto con la esperanza puesta en los cincuenta pesos prometidos; pedidos de monumentos y hogueras para Madonna según las ganas con que se la mire; el cambio de Bill Clinton y las elecciones correntinas con destino poco bello.

Un aullido desesperado llama a silencio a todas las ventanas. Un canal está repitiendo la muerte que transmitió en directo la cadena Telemundo. El sueño dorado de José de Zer: llegar al lugar del crimen al mismo tiempo que la víctima y el asesino. Con la tanda publicitaria el rumor recomienza: en la vida, como en la tele, el tiempo es tirano y no se puede perder en la muerte más minutos que en cualquier otra oferta del show televisivo.



CIENCIAS NATURAL

Por Ema Wolf

Hay tormenta en el vinagre —cantó Alejo cuando vio entrar a la sala a su jefe, el profesor, y comprobó cuán ácida traía la careta, ya habitualmente ácida, que Dios le había puesto el día que nació.

Venía acompañado de una cacatúa de su especie, otra profesora, con la que se lamentaba por la falta de presupuesto para conservar huesos en este país; tema que le revolvía la bilis hasta el fondo, no obstante lo cual conducía a la colega delicadamente sujeta por la bisagra del codo cuidando de no dejarse llevar por el arrebato y quebrarla.

Los dos pasaron al lado de Alejo; la cacatúa a punto de llorar por la falta de presupuesto. El prof lo agasajó con una mirada de "para cuándo el armadillo, so inútil" y consoló a su amiga.

En efecto. Cuatro meses llevaba Alejo montando la osamenta del gliptodonte pampeano para descubrir ahora, casi en el final, que le sobraba un hueso. Jamás le diría al prof que le sobraba un hueso. Los animales prehistóricos deberían venir como los puzzles con un dibujo en la tapa para orientarse. Pero no, todos llegaban a él como retazos de chatarra fósil y ahora tontín arreglátelas para armar esto. El prof se ponía loco si faltaba una pieza, y peor si sobraba. Maldita costumbre de cavar.

Cuando los otros se esfumaron como dos nueces amargas Alejo sacó por enésima vez el hueso del bolsillo. Lo sopló. Siempre soplaba los huesos. Parecía una vértebra. ¿Sería una vértebra? Porque de la cabeza no era. Alas no tenía el animal. Las patas estaban completas. De haber sido el objeto un poco queratinoso (¡sólo un poco, Dios!) habría pasado por un cuerno espontáneo y el armadillo por un ejemplar único. Pero ni él ni el armadillo tenían esa suerte. Volvió a soplar el hueso y lo guardó.

Miró el reloj. Por ese día, ya eran las cinco.

Colgó el mameluco de enterrador y salió del museo por la puerta de atrás.

Omitió el parque, rodeó la hilera de tipas y tomó por la avenida con rumbo noroeste.

El hueso le pesaba en el bolsillo. Mucho más la idea de que le hicieran desarmar el gliptodonte para descubrir el desperfecto.

No era la primera vez, sin embargo, que le sobraban huesos. A punto: con las piezas sobrantes estaba armando en su casa un animal bastante interesante. Anfibio, naturalmente. Se llamaba Carnoto. Un año más en ese empleo y estaría terminado. Paladeaba la idea de enterrarlo un día, desenterrarlo al mes, y armar un zurriburri en la grey de paleontólogos y que fueran a pedir explicaciones a la tumba de Ameghino.

La tarde apacible lo inspiró para agregar detalles novedosos a este tema suyo. La venganza de Carnoto, compuesto para batería y soplete.

Lo siguió un perro. La melodía viró hacia También tú serás un fósil, y eso lo deprimió de muerte.

A las pocas cuadras notó que él estaba siguiendo al perro. Uno de los dos movió la cola y el otro meó un árbol. La vida retornaba.

El perro giró en una esquina. Alejo, obediente.

Y hete aquí que un circo.

¡Divina bestia viva! ¡Justo lo que él necesitaba en ese momento, que alguien lo llevara al circo! Casi besa al perro.

El circo ocupaba media manzana. Alejo lo imaginó resistiendo los bombardeos de las fuerzas combinadas bajo el sitio de Sebastopol, lugar donde probablemente había contraído tanto agujero en la lona, peladura y sarna. Se mantenía en pie gracias a un decoroso, envolvente olor a jaula.

El perro se despidió en la puerta misma, junto al cartel que anunciaba el gran número de Mimí la Elástica.

Alejo compró maníes.

Se sentó en la primera fila con una agradable sensación de peligro: moriría sobre el aserrín si lo hacían entrar a la pista como voluntario.

La función empezó.

Un tipo con un diente de oro dio la bienvenida al respetable público y prometió números excepcionales. Lo escoltaban un pelirrojo y dos secuaces que hicieron juegos malabares, bizcos de tanto entrenamiento. Aparentemente los juegos consistían en tirar palos de bowling al aire con el propósito de recogerlos y volver a tirarlos. Perfecto. Se fueron corridos por los aplausos para dejar paso a los conejos aritméticos que resolvieron cálculos complicados. Asquerosos los maníes.

El gran Merlino sacó varias gallinas blancas de una sopera. Fue desalojado por dos focas que aplaudían algo.

Trepó una gorda a un cable y caminó hacia adelante y hacia atrás. Alejo temió por el cable.

Cuando la gorda se fue instalaron una jaula presumiblemente para encerrarla por si volvía a perjudicar el cable. Nada de eso; era el momento del león. Alejo no recordaba que faltara de la vitrina africana, pero allí estaba, sólo que más quieto y sin un ojo de vidrio. Seguramente el guardián lo alquilaba fuera del horario de visitas. Estuvo a punto de gritar que tuvieran cuidado con el relleno de estopa pero ya se lo llevaban los camilleros.

Un bandolero trató en vano de acuchillar a su mujer, que giraba atada a una rueda.

Tres payasos se pegaban con guantes de hule cuando apareció un oso grizzly que rodeó la pista caminando con las manos. Por la sorpresa de los payasos, no debía tener nada que ver con el circo.

El tipo del diente de oro reapareció para anunciar, ahora sí, la esperada actuación de Mimí la Elástica, figura internacional (como el león africano, pensó Alejo) que llegaba de tierras remotas para deleitar al exigente público argentino. Trompetas. Ella.

Alejo sintió que sus maxilares, acomodados hasta ese momento para la misión de triturar maníes, se separaban para siempre obligándolo a mantener la boca abierta; de ahí que, cuando Mimí se presentó con tres vueltas en el aire, temió comérsela. Las trompetas —comprendía— estaban sonando para anunciar su apocalipsis personal, su fin del mundo envuelto en lentejuelas. Los maníes rodaron bajo la butaca. Alejo se preparó para que lo regaran los angelitos.

Entonces ella exhibió sus artes. Contorsionó el cuerpo hasta transformarlo cien veces en una flor y otras cien en una araña celeste. Fue círculos y triángulos. Compuso letras intensamente cursivas. Ocultó el mentón en la suela de los escarpines. Reposó la nuca entre los tobillos. Arrojó besos desde la espalda. Se plegó en dos, en tres, en cuatro, en siete (nada hay que se pliegue en ocho) para volver a su forma natural perfecta. Cuando se hizo cochecito de niño a fin de pasearse sola, Alejo se tapó la boca con la rodilla para sofrenar el grito de la tribu.

Entró un payaso con un maletín de mano. Mimí saltó dentro graciosamente y el payaso se la llevó.

Alejo se quedó hasta el final de la función con los ojos cerrados.

Cuando salió a la vereda, oscurecía.

Rodeó la carpa y se metió en los intestinos del circo. No lo sorprendió que no lo echaran porque todos estaban atareados desmontando el espectáculo. Además se había vuelto invisible.

Pasó frente a las jaulas de los conejos aritméticos y las focas festivas. ¡Cuánto animal moderno y cerebrado, no como los que él frecuentaba! El oso grizzly lo siguió cabeza abajo apoyando las manos en el exacto lugar donde él apoyaba los pies. Se dio vuelta para encararlo y enseguida se encontró siguiendo al oso.

El oso lo condujo entre los carromatos y desapareció frente a uno pintado de celeste.

Alejo golpeó la puerta.

Le hablaría a Mimí de vértebras. Considerando el oficio de uno y del otro era un buen punto para articular una conversación; tan bueno como cualquiera. A menos, claro, que ella no estuviese, en cuyo caso el encuentro lamentablemente tendría que postergarse para otra ocasión o para nunca dado que los circos hoy están y mañana no. Se acordó de su última visita al dentista.

—Adelante —dijo una voz dulce, sin embargo.

Entró, transpiraba por la lengua como los cánidos.

Sobre una mesa estaba el maletín cerrado.

—Me peino y salgo —dijo la voz guardada dentro.

Pasó un siglo y medio.

El maletín, sobre la mesa, se abrió.

Emergieron el flequillo, las pulseras, la remerita rayada, los pantaloncitos apretados, las zapatillas, y todo el conjunto por fin saltó fuera.

Las lecciones aprendidas sobre el sistema osteoartromuscular de los mamíferos brotaron de la boca de Alejo con increíble garbo. Deliberadamente se demoró en la consideración de los bípedos humanos y en particular del tronco por ser éste el portador de la columna vertebral —¿33 o 34 huesos?— que Mimí arqueaba con tanta desenvoltura. ¿Dónde apoyaba ella el secreto de la torsión? ¿En las cervicales? ¿Las dorsales? ¿Las sacras —se arrodilló— tal vez? ¿O en todas juntas a un tiempo? Maravillosa ocupación la suya. La de él, en cambio, estaba condenada a todas las rigideces. No sabía ella lo que significaba montar el espinazo completo de un megaterio sin disfrutar jamás de la satisfacción de verlo andar, triscar por los pastos y dar vueltas de carnero.

Mimí lo comprendía.

Era su caso el de una niñita que durmió en una cuna hasta los catorce años y pasó muchas horas escondida en el costurero de su abuela para evadir la escuela. Si a eso se suma el hábito infantil de dibujarse paisajes complicados en la planta de los pies, todo ello forjó una habilidad para el plegamiento que, como se ve, no fue innata sino adquirida.

Alejo la escuchó embelesado. Seguramente, además, ella tenía el esternón de seda.

Siguieron hablando de plegamientos. Más tarde la conversación descendió hacia las articulaciones de los miembros inferiores, que tan poco dispuestos a la flexión se muestran a veces.

Alejo le contó el problema de su vértebra. Suya no, en realidad, sino del gliptodonte pampeano. Tal vez ella pudiera ayudarlo.

—¿Querés venir al museo?

—Voy.

Ema Wolf es una es que —aunque arger no puede sino defin como indefinible. Su intereses y sus tema desde el folletín a las imprevisibles ficcion infantiles donde abu los señores que se desmadejan y los vampiros conflictua De ahí que el cuent aquí se presenta ap esconda —detrás d prosa aparentemen inocente y del arma un dinosaurio— la construcción de una trama que, sí, acaba siendo tan certera c felizmente indefinib

CIENCIAS NATURALES

Por Ema Wolf

Ema Wolf es una escritora que —aunque argentina— no puede sino definirse como indefinible. Sus intereses y sus temas van desde el folletín a las más imprevisibles ficciones infantiles donde abundan los señores que se desmadejan y los vampiros conflictuados. De ahí que el cuento que aquí se presenta apenas esconda —detrás de una prosa aparentemente inocente y del armado de un dinosaurio— la construcción de una trama que, sí, acaba siendo tan certera como felizmente indefinible.

Hay tormenta en el vinagre —cantó Alejo cuando vio entrar a la sala a su jefe, el profesor, y comprobó cuán ácida traía la careta, ya habitualmente ácida, que Dios le había puesto el día que nació.

Venía acompañado de una cacatúa de su especie, otra profesora, con la que se lamentaba por la falta de presupuesto para conservar huesos en este país; tema que le revolvía la bilis hasta el fondo, no obstante lo cual conducía a la colega delicadamente sujeta por la bisagra del codo cuidando de no dejarse llevar por el arrebato y quebrarla.

Los dos pasaron al lado de Alejo; la cacatúa a punto de llorar por la falta de presupuesto. El prof lo agasajó con una mirada de "para cuándo el armadillo, so inútil" y consoló a su amiga.

En efecto. Cuatro meses llevaba Alejo montando la osamenta del gliptodonte pampeano para descubrir ahora, casi en el final, que le sobraba un hueso. Jamás le diría al prof que le sobraba un hueso. Los animales prehistóricos deberían venir como los puzzles con un dibujo en la tapa para orientarse. Pero no, todos llegaban a él como retazos de chatarra fósil y ahora tontín arreglátelas para armar esto. El prof se ponía loco si faltaba una pieza, y peor si sobraba. Maldita costumbre de cavar.

Cuando los otros se esfumaron como dos nueces amargas Alejo sacó por enésima vez el hueso del bolsillo. Lo sopló. Siempre soplaba los huesos. Parecía una vértebra. ¿Sería una vértebra? Porque de la cabeza no era. Alas no tenía el animal. Las patas estaban completas. De haber sido el objeto un poco queratinoso (¡sólo un poco, Dios!) habría pasado por un cuerno espontáneo y el armadillo por un ejemplar único. Pero ni él ni el armadillo tenían esa suerte. Volvió a soplar el hueso y lo guardó.

Miró el reloj. Por ese día, ya eran las cinco.

Colgó el mameluco de enterrador y salió del museo por la puerta de atrás.

Omitió el parque, rodeó la hilera de tipas y tomó por la avenida con rumbo noroeste.

El hueso le pesaba en el bolsillo. Mucho más la idea de que le hicieran desarmar el gliptodonte para descubrir el desperfecto.

No era la primera vez, sin embargo, que le sobraban huesos. A punto: con las piezas sobrantes estaba armando en su casa un animal bastante interesante. Anfibio, naturalmente. Se llamaba Carnoto. Un año más en ese empleo y estaría terminado. Paladeaba la idea de enterrarlo un día, desenterrarlo al mes, y armar un zurriburri en la grey de paleontólogos y que fueran a pedir explicaciones a la tumba de Ameghino.

La tarde apacible lo inspiró para agregar detalles novedosos a este tema suyo. La venganza de Carnoto, compuesto para batería y soplete.

Lo siguió un perro. La melodía viró hacia También tu serás un fósil, y eso lo deprimió de muerte.

A las pocas cuadras notó que él estaba siguiendo al perro. Uno de los dos movió la cola y el otro meó un árbol. La vida retornaba.

El perro giró en una esquina. Alejo, obediente.

Y hete aquí que un circo.

¡Divina bestia viva! ¡Justo lo que él necesitaba en ese momento, que alguien lo llevara al circo! Casi besa al perro.

El circo ocupaba media manzana. Alejo lo imaginó resistiendo los bombardeos de las fuerzas combinadas bajo el sitio de Sebastopol, lugar donde probablemente había contraído tanto agujero en la lona, peladura y sarna. Se mantenía en pie gracias a un decoroso, envolvente olor a jaula.

El perro se despidió en la puerta misma, junto al cartel que anunciaba el gran número de Mimí la Elástica.

Alejo compró maníes.

Se sentó en la primera fila con una agradable sensación de peligro: moriría sobre el aserrín si lo hacían entrar a la pista como voluntario.

La función empezó.

Un tipo con un diente de oro dio la bienvenida al respetable público y prometió números excepcionales. Lo escoltaban un pelirrojo y dos secuaces que hicieron juegos malabares, bizcos de tanto entrenamiento. Aparentemente los juegos consistían en tirar palos de bowling al aire con el propósito de recogerlos y volver a tirarlos. Perfecto. Se fueron corridos por los aplausos para dejar paso a los conejos aritméticos que resolvieron cálculos complicados. Asquerosos los maníes.

El gran Merlino sacó varias gallinas blancas de una sopera. Fue desalojado por dos focas que aplaudían algo.

Trepó una gorda a un cable y caminó hacia adelante y hacia atrás. Alejo temió por el cable.

Cuando la gorda se fue instalaron una jaula presumiblemente para encerrarla por si volvía a perjudicar el cable. Nada de eso; era el momento del león. Alejo no recordaba que faltara de la vitrina africana, pero allí estaba, sólo que más quieto y sin un ojo de vidrio. Seguramente el guardián lo alquilaba fuera del horario de visitas. Estuvo a punto de gritar que tuvieran cuidado con el relleno de estopa pero ya se lo llevaban los camilleros.

Un bandolero trató en vano de acuchillar a su mujer, que giraba atada a una rueda.

Tres payasos se pegaban con guantes de hule cuando apareció un oso grizzly que rodeó la pista caminando con las manos. Por la sorpresa de los payasos, no debía tener nada que ver con el circo.

El tipo del diente de oro reapareció para anunciar, ahora sí, la esperada actuación de Mimí la Elástica, figura internacional (como el león africano, pensó Alejo) que llegaba de tierras remotas para deleitar al exigente público argentino. Trompetas. Ella.

Alejo sintió que sus maxilares, acomodados hasta ese momento para la misión de triturar maníes, se separaban para siempre obligándolo a mantener la boca abierta; de ahí que, cuando Mimí se presentó con tres vueltas en el aire, temió comérsela. Las trompetas —comprendía— estaban sonando para anunciar su apocalipsis personal, su fin del mundo envuelto en lentejuelas. Los maníes rodaron bajo la butaca. Alejo se preparó para que lo regaran los angelitos.

Entonces ella exhibió sus artes. Contorsionó el cuerpo hasta transformarlo cien veces en una flor y otras cien en una araña celeste. Fue círculos y triángulos. Compuso letras intensamente cursivas. Ocultó el mentón en la suela de los escarpines. Reposó la nuca entre los tobillos. Arrojó besos desde la espalda. Se plegó en dos, en tres, en cuatro, en siete (nada hay que se pliegue en ocho) para volver a su forma natural perfecta. Cuando se hizo cochecito de niño a fin de pasearse sola, Alejo se tapó la boca con la rodilla para sofrenar el grito de la tribu.

Entró un payaso con un maletín de mano. Mimí saltó dentro graciosamente y el payaso se la llevó.

Alejo se quedó hasta el final de la función con los ojos cerrados.

Cuando salió a la vereda, oscurecía.

Rodeó la carpa y se metió en los intestinos del circo. No lo sorprendió que no lo echaran porque todos estaban atareados desmontando el espectáculo. Además se había vuelto invisible.

Pasó frente a las jaulas de los conejos aritméticos y las focas festivas. ¡Cuánto animal moderno y cerebrado, no como los que él frecuentaba! El oso grizzly lo siguió cabeza abajo apoyando las manos en el exacto lugar donde él apoyaba los pies. Se dio vuelta para encararlo y enseguida se encontró siguiendo al oso.

El oso lo condujo entre los carromatos y desapareció frente a uno pintado de celeste.

Alejo golpeó la puerta.

Le hablaría a Mimí de vértebras. Considerando el oficio de uno y del otro era un buen punto para articular una conversación; tan bueno como cualquiera. A menos, claro, que ella no estuviese, en cuyo caso el encuentro lamentablemente tendría que postergarse para otra ocasión o para nunca dado que los circos hoy están y mañana no. Se acordó de su última visita al dentista.

—Adelante —dijo una voz dulce, sin embargo.

Entró, transpiraba por la lengua como los cánidos.

Sobre una mesa estaba el maletín cerrado.

—Me peino y salgo —dijo la voz guardada dentro.

Pasó un siglo y medio.

El maletín, sobre la mesa, se abrió.

Emergieron el flequillo, las pulseras, la remerita rayada, los pantaloncitos apretados, las zapatillas, y todo el conjunto por fin saltó fuera.

Las lecciones aprendidas sobre el sistema osteoartromuscular de los mamíferos brotaron de la boca de Alejo con increíble garbo. Deliberadamente se demoró en la consideración de los bípedos humanos y en particular del tronco por ser éste el portador de la columna vertebral —¿33 o 34 huesos?— que Mimí arqueaba con tanta desenvoltura. ¿Dónde apoyaba ella el secreto de la torsión? ¿En las cervicales? ¿Las dorsales? ¿Las sacras —se arrodilló— tal vez? ¿O en todas juntas a un tiempo? Maravillosa ocupación la suya. La de él, en cambio, estaba condenada a todas las rigideces. No sabía ella lo que significaba montar el espinazo completo de un megaterio sin disfrutar jamás de la satisfacción de verlo andar, triscar por los pastos y dar vueltas de carnero.

Mimí lo comprendía.

Era su caso el de una niñita que durmió en una cuna hasta los catorce años y pasó muchas horas escondida en el costurero de su abuela para evadir la escuela. Si a eso se suma el hábito infantil de dibujarse paisajes complicados en la planta de los pies, todo ello forjó una habilidad para el plegamiento que, como se ve, no fue innata sino adquirida.

Alejo la escuchó embelesado. Seguramente, además, ella tenía el esternón de seda.

Siguieron hablando de plegamientos. Más tarde la conversación descendió hacia las articulaciones de los miembros inferiores, que tan poco dispuestos a la flexión se muestran a veces.

Alejo le contó el problema de su vértebra. Suya no, en realidad, sino del gliptodonte pampeano. Tal vez ella pudiera ayudarlo.

—¿Querés venir al museo?

—Voy.

Tiro de Dios al arco.

El único obstáculo era el guardián nocturno. Al no ser empleada, ni fósil, ni embalsamada reciente, no la dejaría entrar a deshoras.

Entonces ella saltó dentro del maletín.

Alejo discurrió por las veredas oscuras en estado de fina levedad. Le acariciaban la frente las ramas de los árboles. Notó que se desplazaba a cincuenta centímetros de las baldosas; tan liviana, manuable, sencilla de transportar era Mimí. Se acordó de cuando mudaron al dino de sala. ¿Cómo era posible que en el mismo universo hubiera mastodontes y Mimí, seres de caño como el prof y juncos delicados? Toda una espantosa confusión. Y él en el medio.

Una pareja hizo un alto junto al tronco camuflado de un plátano. Alejo acarició el maletín.

Sobre la reja del museo le chistaron desde el frontispicio dos lechuzas de piedra. Ojo, Alejo.

El guardián abrió la puerta. Venía del milenio anterior.

—Don Herrera, tengo que terminar el gliptodonte para el Día del Animal.

El otro lo acompañó al rincón de la sala baja donde reposaba el fósil a oscuras. Encendió una lamparita pelada. Cuando Alejo estaba a punto de recriminarle el alquiler del león, ya se había ido.

Abrió la valija y salió Mimí. Gloriosa, con la ropita arrugada. Hizo un par de flexiones de estiramiento apoyando las orejas en las rodillas como quien escucha la música de sus rótulas.

Alejo le mostró el armadillo con orgullo de fabricante. Sacó el hueso del bolsillo. Se lo dio.

Mimí sopló el hueso. Primero se deslizó entre la osamenta doblándose y desdoblándose en tareas de reconocimiento. Hasta imitó los posibles movimientos del animal, bastante sinuosos según su imaginación. Enseguida emprendió su trabajo de mecánica ligera tratando de encajar la pieza. Se escurrió por los costados y por abajo del armadillo. Alejo sintió que capitulaba cuando la vio asomar las patitas debajo del chasis.

Nada. Eso no iba en ningún sitio. Tampoco parecía repuesto o accesorio.

Mimí lamentó tanto no poder ayudarlo que él se vio en la obligación de consolarla. La tomó nuevamente por el codo. ¿Qué tal si visitaban los vertebrados autóctonos del primer piso?

Treparon la escalera gateando. Perfecta oscuridad.

Arriba se ocultaban seis salas —sin contar el cuarto de las escobas— a razón de cuarenta y dos vitrinas cada una —incluyendo las del laboratorio de calcos—.

Frente a cada vitrina Alejo encendió un fósforo. Mimí escuchaba explicaciones hasta que él se quemaba los dedos. Bien. Pasemos a la vitrina siguiente.

El recorrido acabó con deliberación junto a una pieza fuerte.

Delante del esqueleto de Soraya, la elefanta asiática muerta de amor en el zoológico municipal cuando promediaba la primavera del '35, Mimí lloró.

Apoyó la cabeza en el pecho de él.

Ese misterio.

Alejo le acarició los parietales bajo el pelo lacio. Recorrió el occipital avanzando hacia los hombros suavecitos. Después la abrazó toda y así se estuvo hasta que sintió claramente que empezaba a morir.

Y mientras él agonizaba —¡lo que son las cosas!— la elefanta resucitaba. Y con ella las aves polvorientas, los ocelotes de cuero apolillado, los escarabajos fosforescentes, los sapos escabechados, las víboras puestas en frascos como pickles. Y toda la fauna nativa desde las estribaciones patagónicas hasta el bosque chaqueño parecía decidida a salirse de las vitrinas, cada especie vociferando sus derechos en su idioma.

Todos renacían pero él moría, torpe como un elefante, y Mimí con él.

Dos horas después resbalaron por el pasamanos de la escalera perfectamente vivos. Atrás quedaba un tendal de animales sin futuro.

El gliptodonte del piso bajo estaba de nuevo a oscuras pero en el fondo de un pasillo lateral asomaba la luz de la cocina. Caminaron felices hacia allá.

En ese momento el guardián retiraba la olla del fuego. La puso en el centro de la mesa, tendida para tres.

Se sentaron a comer guiso de rabo.

Alejo chupó un hueso y descubrió que era igual al que llevaba en el bolsillo. Miró al guardián con el alma sublevada. Estaba a punto de decirle que debía ser más cuidadoso con los restos de comida, pero el otro lo interceptó con una expresión nacida en el fondo de la sabiduría terciaria y Alejo optó por permanecer mudo. No pudo evitar un escalofrío. Calculó cuántos sobrantes de aves y ganadería habrían ido a completar los dignos saurios a lo largo de treinta y cinco años de servicio.

Charlaron de muy diversas cosas. Mimí se enteró de que su columna vertebral erecta tenía un millón de años. El guardián contó una historia que empezaba: en la guerra de Crimea un soldado turco...

Cuando la luz del amanecer atravesó la claraboya Alejo se puso de pie.

—¿Quieren conocer a Carnoto?

Salieron los tres por la puerta grande.

Marchaban a la par aspirando el perfume de las tipas que bordeaban la reja. Alejo y Mimí abrazados, el guardián con el maletín. Encararon el parque en dirección al lago por el puro gusto de despertar a los patos.

Soplaban brisas de buenos pronósticos. Bajo la luz cada vez más decidida las cosas de este mundo iban tomando formas nítidas para Alejo. Los ingredientes desparramados encontraban su lugar. Algunos enigmas del arcano, pobre, estarían a punto de resolverse. El universo dejaba de ser una morcilla vasca.

Los patos de la orilla iniciaron el despulgue matinal.

—Eres inocente cuando deliras —cantó Alejo, último tema, y besó a Mimí.



Tiro de Dios al arco.

El único obstáculo era el guardián nocturno. Al no ser empleada, ni fósil, ni embalsamada reciente, no la dejaría entrar a deshoras.

Entonces ella saltó dentro del maletín.

Alejo discurrió por las veredas oscuras en estado de fina levedad. Le acariciaban la frente las ramas de los árboles. Notó que se desplazaba a cincuenta centímetros de las baldosas; tan liviana, manuable, sencilla de transportar era Mimí. Se acordó de cuando mudaron al dino de sala. ¿Cómo era posible que en el mismo universo hubiera mastodontes y Mimí, seres de caño como el prof y juncos delicados? Toda una espantosa confusión. Y él en el medio.

Una pareja hizo un alto junto al tronco camuflado de un plátano. Alejo acarició el maletín.

Sobre la reja del museo le chistaron desde el frontispicio dos lechuzas de piedra. Ojo, Alejo.

El guardián abrió la puerta. Venía del milenio anterior.

—Don Herrera, tengo que terminar el gliptodonte para el Día del Animal.

El otro lo acompañó al rincón de la sala baja donde reposaba el fósil a oscuras. Encendió una lamparita pelada. Cuando Alejo estaba a punto de recriminarle el alquiler del león, ya se había ido.

Abrió la valija y salió Mimí. Gloriosa, con la ropita arrugada. Hizo un par de flexiones de estiramiento apoyando las orejas en las rodillas como quien escucha la música de sus rótulas.

Alejo le mostró el armadillo con orgullo de fabricante. Sacó el hueso del bolsillo. Se lo dio.

Mimí sopló el hueso. Primero se deslizó entre la osamenta doblándose y desdoblándose en tareas de reconocimiento. Hasta imitó los posibles movimientos del animal, bastante sinuosos según su imaginación. Enseguida emprendió su trabajo de mecánica ligera tratando de encajar la pieza. Se escurrió por los costados y por abajo del armadillo. Alejo sintió que capitulaba cuando la vio asomar las patitas debajo del chasis.

Nada. Eso no iba en ningún sitio. Tampoco parecía repuesto o accesorio.

Mimí lamentó tanto no poder ayudarlo que él se vio en la obligación de consolarla. La tomó nuevamente por el codo. ¿Qué tal si visitaban los vertebrados autóctonos del primer piso?

Treparon la escalera gateando. Perfecta oscuridad.

Arriba se ocultaban seis salas —sin contar el cuarto de las escobas— a razón de cuarenta y dos vitrinas cada una —incluyendo las del laboratorio de calcos—.

Frente a cada vitrina Alejo encendió un fósforo. Mimí escuchaba explicaciones hasta que él se quemaba los dedos. Bien. Pasemos a la vitrina siguiente.

El recorrido acabó con deliberación junto a una pieza fuerte.

Delante del esqueleto de Soraya, la elefanta asiática muerta de amor en el zoológico municipal cuando promediaba la primavera del '35, Mimí lloró.

Apoyó la cabeza en el pecho de él.

Ese misterio.

Alejo le acarició los parietales bajo el pelo lacio. Recorrió el occipital avanzando hacia los hombros suavecitos. Después la abrazó toda y así se estuvo hasta que sintió claramente que empezaba a morir.

Y mientras él agonizaba —¡lo que son las cosas!— la elefanta resucitaba. Y con ella las aves polvorientas, los ocelotes de cuero apolillado, los escarabajos fosforescentes, los sapos escabechados, las víboras puestas en frascos como pickles. Y toda la fauna nativa desde las estribaciones patagónicas hasta el bosque chaqueño parecía decidida a salirse de las vitrinas, cada especie vociferando sus derechos en su idioma.

Todos renacían pero él moría, torpe como un elefante, y Mimí con él.

Dos horas después resbalaron por el pasamanos de la escalera perfectamente vivos. Atrás quedaba un tendal de animales sin futuro.

El gliptodonte del piso bajo estaba de nuevo a oscuras pero en el fondo de un pasillo lateral asomaba la luz de la cocina. Caminaron felices hacia allá.

En ese momento el guardián retiraba la olla del fuego. La puso en el centro de la mesa, tendida para tres.

Se sentaron a comer guiso de rabo.

Alejo chupó un hueso y descubrió que era igual al que llevaba en el bolsillo. Miró al guardián con el alma sublevada. Estaba a punto de decirle que debía ser más cuidadoso con los restos de comida, pero el otro lo interceptó con una expresión nacida en el fondo de la sabiduría terciaria y Alejo optó por permanecer mudo. No pudo evitar un escalofrío. Calculó cuántos sobrantes de aves y ganadería habrían ido a completar los dignos saurios a lo largo de treinta y cinco años de servicio.

Charlaron de muy diversas cosas. Mimí se enteró de que su columna vertebral erecta tenía un millón de años. El guardián contó una historia que empezaba: en la guerra de Crimea un soldado turco...

Cuando la luz del amanecer atravesó la claraboya Alejo se puso de pie.

—¿Quieren conocer a Carnoto?

Salieron los tres por la puerta grande.

Marchaban a la par aspirando el perfume de las tipas que bordeaban la reja. Alejo y Mimí abrazados, el guardián con el maletín. Encararon el parque en dirección al lago por el puro gusto de despertar a los patos.

Soplaban brisas de buenos pronósticos. Bajo la luz cada vez más decidida las cosas de este mundo iban tomando formas nítidas para Alejo. Los ingredientes desparramados encontraban su lugar. Algunos enigmas del arcano, pobre, estarían a punto de resolverse. El universo dejaba de ser una morcilla vasca.

Los patos de la orilla iniciaron el despulgue matinal.

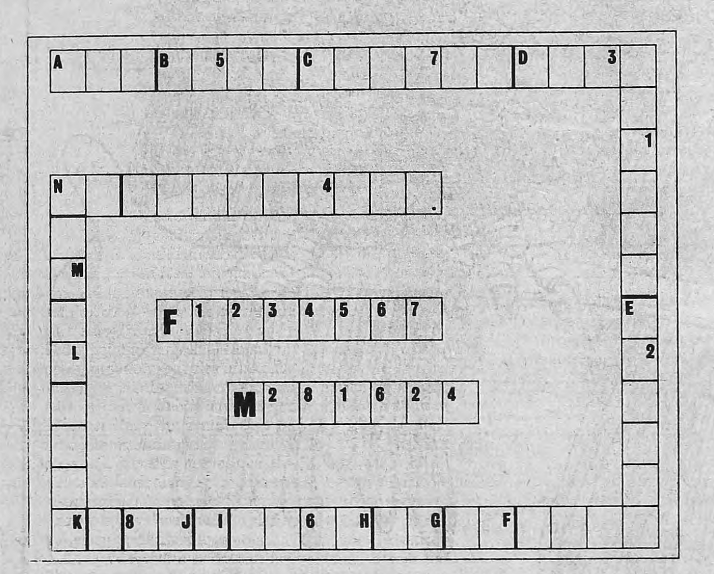
—Eres inocente cuando deliras —cantó Alejo, último tema, y besó a Mimí.

Juegos

Cita definida

► Se trata de averiguar una cita célebre y el nombre de su autor. Resuelva las definiciones que le darán las palabras que componen la cita. El nombre del autor, que situará en el centro del juego, se obtendrá sustituyendo números iguales por letras iguales.

A. Pronombre relativo. B. Escaso. C. Terreno en pendiente. D. Fabricar, edificar. E. Edificio fuerte con murallas, baluartes, fosos, etc., en plural. F. Preposición. G. Artículo. H. Fluido gaseoso que respiramos. I. Conjunción. J. Pronombre relativo. K. Rostro. L. Existe. M. Suyo. N. Depredación, estrago.



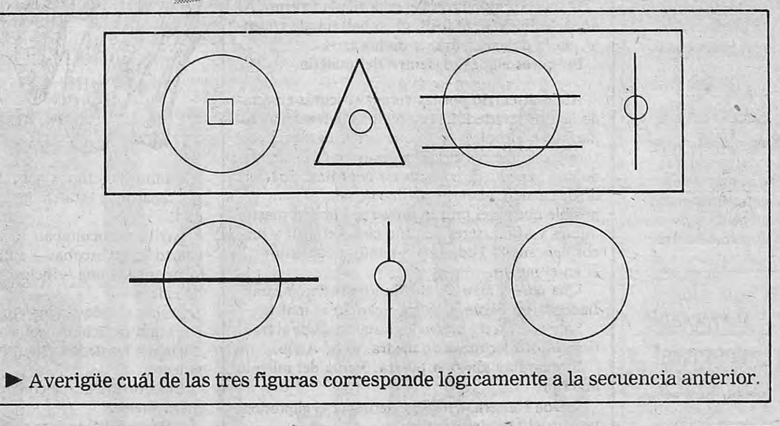
Acróstico

Seguro que nadie puede dar con el mensaje si no conoce antes la solución. Si no lo creen, prueben a descifrar el acróstico sin mirar las soluciones.

LA FORMULA INDETECTABLE

Esta forma de hacerlo, quiero hacer constar, es primicia, es totalmente nueva, así que hay que leer con atención, para podérsela contar a los demás lectores, si los hay, cosa nada fácil, al contrario, es poco probable. Usted sabe que lo hace y para quien lo ha de hacer, pero para los demás es muy probable que se repita. Sé que no sabe lo que hay que descifrar, por eso no me parece corrector seguir armándole un verdadero lío para el que no está preparado. Ya lo hará en su día. Y no crean que es manía. Creo que la fórmula hay que aprenderla con cuidado, para cuando se tenga necesidad de decir, de meterles un texto, es un suponer, a sus enemigos.

Lógica-mente



► Averigüe cuál de las tres figuras corresponde lógicamente a la secuencia anterior.

Sopa de letras

E	T	N	E	T	I	M	R	E	T	N	I
V	R	E	T	R	O	P	O	S	C	R	H
S	O	V	N	L	M	Y	G	M	U	C	O
C	D	N	C	O	F	G	O	E	A	I	R
S	A	O	F	G	R	T	D	C	S	L	Q
S	U	I	A	S	O	A	X	C	V	I	U
A	G	S	E	R	T	Y	F	D	P	N	I
S	I	N	D	F	G	R	H	E	D	D	L
A	T	E	I	S	D	E	D	S	D	R	L
S	R	P	C	L	A	A	S	D	F	O	A
S	O	S	D	F	L	E	R	C	Z	S	I
E	M	U	S	D	F	I	V	B	G	H	J
A	A	S	E	I	P	A	S	O	P	E	R

► Localice en la SOPA 11 nombres relacionados con una motocicleta.

ACROSTICO:

Leyendo cada segunda línea, empezando por arriba y continuando por debajo y hasta que se encuentren en el centro, obtendrá el siguiente mensaje:

"Esta forma de hacerlo, quiero decir, de meterles un texto, es totalmente nueva, así que hay que aprenderla con cuidado, para podérsela contar a los demás en su día. Y no crean que es nada fácil, al contrario, es un verdadero lío para el que lo hace y para quien lo ha de descifrar, pero eso no me parece muy probable que se repita."

CITA DEFINIDA:

"Qué poco cuesta construir castillos en el aire y qué cara es su destrucción."

François Mauriac

LOGICA-MENTE:

La número 3. La primera tiene un círculo y 4 segmentos. El círculo permanece y los segmentos van disminuyendo.

